

## PÉSAME

En Troya, las lágrimas de Príamo  
asumen idéntico precio que las de Aquiles:  
la muerte,  
la pérdida,  
la vida que se acaba, la vida  
que no sabe empezar de nuevo.  
La historia de la sangre —lo sabemos—  
es una historia que se repite,  
que se reescribe como un poema:  
con otras palabras.  
Las cenizas de Persépolis,  
las cenizas de Guernica,  
las cenizas de Hiroshima,  
las cenizas de Berlín,  
las cenizas,  
siempre las cenizas:  
Beirut, Siria, Jergón, Stalingrado  
—póngase aquí el nombre que se desee,  
pues siempre quedan picas para un infinito de cabezas—.

No llores Penélope; a veces erra el horror.  
No llores Telémaco; a veces regresa el cuerpo del hombre,  
pero no el mismo padre.

La imbecilidad es un cadáver útil,  
lo sabemos, pero estamos dispuestos a serlo.  
De nada sirvió la epopeya, la advertencia del héroe:  
«No pretendas buscar consuelos a la muerte,  
que yo más querría ser siervo en el campo  
que reinar sobre todos los muertos».

Dicho está, escrito queda,  
justo ahí, al alcance de los iletrados,  
cuyos dedos no pueden sostener un libro  
porque cargan el arma  
que nos apunta.

Mi más sincero pésame, lector.  
Prepare el óbolo de Caronte,  
que estamos a merced  
de la piedad de los impíos.

(«La piedad del leviatán» (Loto Azul, 2023))